

La construcción de la identidad de clase obrera en el País Vasco. Género y respetabilidad de clase, dos realidades inseparables*

(The construction of a working class identity in the Basque Country. Gender and class respectability, two inseparable realities)

Llona González, Miren

UPV/EHU. Dpto. de Historia Contemporánea. Sarriena, s/n.
48940 Leioa

BIBLID [1136-6834 (2006), 35; 287-300]

Recep.: 30.09.04
Acep.: 28.10.05

Estudiamos, durante el primer tercio del siglo XX en Vizcaya, los contenidos de la masculinidad y de la feminidad de clase obrera y la forma en que esas identidades resisten los discursos estigmatizadores de las clases dominantes. También analizamos dos figuras femeninas, la mujer fuerte y la madre consciente, como fuentes de dignificación de clase. Las fuentes orales constituyen una pieza esencial para el análisis.

Palabras Clave: Género. Clase obrera. Historia oral. Feminidad. Masculinidad. Identidad. Madre.

Langile klaseko makulinotasunaren eta feminitatearen edukiak aztertzen ditugu hemen, Bizkaiko XX. mendeko lehen herenari dagokionez, bai eta nortasun horiek nola egin zioten aurre klase nagusien diskurtsu estigmatizatzaileari azaldu ere. Halaber, bi irudi femenino aztertuko ditugu, emakume sendoa eta ama kontzientea, klasea duintzeko iturri gisa. Ahozko iturriak funtsezko atala dira azterketa honetan.

Giltza-Hitzak: Generoa. Langile klasea. Ahozko historia. Feminitatea. Maskulinotasuna. Nortasuna. Ama.

Nous étudions, durant le premier tiers du XX^{ème} siècle en Biscaye les contenus de la masculinité et de la féminité de la classe ouvrière et la façon dont ces identités résistent aux discours stigmatisateurs des classes dominantes. Nous analysons également deux figures féminines, la femme forte et la mère consciente, comme sources de ennoblissement de classe. Les sources orales constituent une pièce essentielle pour l'analyse.

Mots Clés: Genre. Classe ouvrière. Histoire orale. Féminité. Masculinité. Identité. Mère.

* Esta investigación se ha realizado en el marco de los siguientes proyectos de investigación: "La identidad de las mujeres de clase trabajadora en Bilbao 1919-1939", dirigido por Frances Lannon (Oxford University) y financiado por el Gobierno Vasco y "La construcción histórica de la identidad y de la diferencia en el País Vasco: género, clase y nacionalidad (1876-1976)", financiado por la DIGICYT, código BHA2002-03880, 2002-2005.

En la presente comunicación queremos mostrar la relevancia de la categoría analítica de género para el estudio de la construcción identitaria de las clases sociales. En la creación de los límites y las modernas fronteras de clase el uso de contenidos de género de carácter estigmatizador ha resultado un hecho habitual. La resistencia de los grupos sociales a ese tipo de clasificaciones también se realizó desde planteamientos defensivos que tuvieron en la creación de referentes simbólicos de género su máximo baluarte. El análisis de la identidad de clase y de la identidad de género resultan, pues, dos realidades inseparables y la supuesta división establecida entre la esfera privada y la esfera pública queda sometida a examen¹.

A su vez, hemos querido poner en evidencia que en el proceso de construcción de una identidad de clase positiva, la conquista de la respetabilidad es una tarea de primer orden, y que en el logro de esa meta los contenidos de la feminidad y de la masculinidad se entrecruzan de forma inseparable. El análisis de este proceso lo realizaremos en dos partes: en la primera, nos centraremos en las fuentes de dignificación de clase del primer periodo de la formación de la clase obrera vizcaína de 1890 a 1915; en la segunda parte, ya sumergidos en los años veinte y treinta, estudiaremos la aparición de nuevas fuentes de respetabilidad y la evolución de las antiguas.

LA FIGURA DE LA MUJER FUERTE FUENTE PRINCIPAL DE DIGNIFICACIÓN DE LA CLASE OBRERA

Para el estudio de la construcción de la identidad obrera en primer lugar, nos dirigiremos a los lenguajes de clase activos y presentes durante el período de expansión de la economía capitalista en Vizcaya. A través de la “conciencia práctica”² de la clase media observaremos la forma en que esta clase construyó las barreras de distinción respecto a las clases trabajadoras. Este proceso de diferenciación y de jerarquización al que nos referimos favoreció la exclusión de las clases trabajadoras de las nociones generalizadas de virtud y de respetabilidad. La clase media utilizó la asociación entre consumo de alcohol y masculinidad obrera como un elemento estigmatizador de las clases trabajadoras. De la misma manera, las mujeres y su dura existencia en los poblados mineros en condiciones de hacinamiento, escasez de medios y exceso de trabajo fueron utilizadas como un medio desde el que cuestionar la moralidad de la clase obrera en su conjunto. En el análisis de la *conciencia práctica* de la clase trabajadora, prestaremos atención a la articulación de la defensa de su propia humanidad frente a la exclusión de la

1. Queremos señalar como estudios pioneros y especialmente brillantes en el caso de la clase obrera, el de SONIA O. ROSE *Limited Livelihoods. Gender and Class in Nineteenth Century England*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, 1992, así como el trabajo de ANNA CLARK, *The Struggle for the Breeches. Gender and the Making of the British Working Class*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, London, 1995.

2. Raymond Williams elabora este concepto como sinónimo de lenguaje, definido éste como una práctica material e indisoluble al desarrollo humano, en WILLIAMS, R. *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona, 1980, pág. 49.

misma planteada por la clase media. Argumentaremos que en ese proceso de dignificación y de construcción de una identidad de clase positiva la figura de la *mujer fuerte* jugó un papel trascendental, que muestra, por un lado, que la identidad de clase y la identidad de género son dos realidades inseparables, y por otro, que el ámbito privado puede constituirse en un foco de resistencia y en un escenario para la formación y desarrollo de las identidades de clase.

El imaginario de clase media queda bien reflejado en el trabajo de campo realizado por Jaques Valdour³, sobre la vida obrera española. Para ello, desempeñó diferentes trabajos y oficios, entre ellos, contratarse como obrero en las minas de La Arboleda (Vizcaya) durante el mes de julio en el verano de 1913. El resultado de su investigación fue un texto en el que se hace evidente el relato subjetivo y testimonial. Digno representante de la clase media conservadora y ferviente católico, Valdour pretendió a través de sus estudios denunciar la influencia dañina del socialismo entre la clase trabajadora y defender la doctrina social de la Iglesia, pero desde posiciones ultracatólicas. Creemos que su testimonio, a pesar del origen francés de su autor, resulta representativo, tanto de los temores de la clase media vasca y española respecto a la cuestión social, como de la ofensiva ideológica antiliberal impulsada por la derecha católica española desde fines del XIX.

Así, resultó bastante habitual en la época, asociar las miserias que atezaban la vida de los obreros a su naturaleza viciosa e ignorante.

Esa postura de clase convirtió el consumo de alcohol entre los trabajadores, tanto en un elemento desencadenante de la “miseria moral” que rodeaba la vida de los obreros, como en un símbolo diferenciador de la “pureza” de la clase media y de la “indignidad” de la clase trabajadora⁴.

“Si los mineros emigrantes son ahorradores, –describe Valdour–, la población obrera estable es, por el contrario, muy derrochadora: la vida material (...) se disipa en el cabaret, en el juego, o en las fiestas, las romerías de los pueblos vecinos (...). Los mineros beben, generalmente, dos litros de vino al día y un buen número de ellos tres. Pueden tomar tan gran cantidad de vino sin emborracharse. Los días de gran fiesta, el día de la fiesta del pueblo y el 1º de Mayo, la borrachera es general y los actos públicos inmorales no son extraños. (...)”⁵.

3. Jacques Valdour es el seudónimo del investigador francés Louis Martin, doctor en Derecho por la Universidad de la Sorbonne. A partir de 1914 publicó un conjunto de obras bajo el título genérico *La vie ouvrière, observations véçues*, en el que se describen condiciones de vida y de trabajo de distintas zonas de Francia y de España, en LUENGO, F., editor, Valdour, Jacques, *El obrero español. Experiencias vividas (en el País Vasco)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2000, pág. 15.

4. Ricardo Campos Marín plantea que el tema del alcohol se convirtió en indicador tanto de las cualidades negativas del obrero, como de cuáles eran los hábitos de vida correctos ostentados por la burguesía. En CAMPOS MARÍN, R., “El obrero abstemio, salud moral y política en el discurso antialcohólico del socialismo español a principios de siglo”, *Historia Social*, nº 31, 1998, pág. 29.

5. *El obrero español*, págs. 88-91.

El socialismo, por su parte, llevó a cabo una tarea de reconstrucción de un discurso dignificante de los trabajadores, pero en la realización de esa tarea no se enfrentó al discurso estigmatizador de la clase media, a propósito del alcohol y de otras costumbres de esparcimiento populares. El socialismo diseñó una nueva doctrina con la pretensión de construir una cultura obrera equidistante, tanto de la cultura popular, como de la cultura dominante de la clase media. Esto se tradujo en el abandono y la condena de una serie de elementos integrantes de los usos y costumbres de la cultura popular como eran el consuno de alcohol, los toros, los bailes populares y el juego⁶. En 1905 era posible leer en el semanario *La Lucha de Clases*:

“¿Quiénes van a los garitos y tabernas?. En su mayoría son trabajadores los que (...) actúan en estos inmundos sitios, templos del vicio y de la inmoralidad. (...) Trabajador: no sigas por ese camino, donde malgastas tu dinero haciendo perecer de hambre a tu familia”⁷.

Pero la asociación entre consumo de alcohol y masculinidad obrera mantuvo su vigencia entre las clases trabajadoras por largo tiempo. El testimonio de Joaquina Ramos⁸ nos permite percibir la solidez del vínculo entre el alcohol y la masculinidad:

“Amaya (*la nieta*) –comenta Joaquina– me suele decir: «mi abuelo era un borracho». Digo «No, tu abuelo no era un borracho. Tu abuelo y todos aquéllos, decíamos que eran hombres. El que no bebía no era hombre ¿entiendes?. El que no bebía no era hombre. Yo tenía mi marido, que estuvo en los pesqueros de Santurce a los diez años, y bebía como un cosaco. Y yo, cuando mi hijo el mayor, Jesusito, empezó a trabajar con él, empezó a beber mi hijo. Y llegó un día mi primo y le dijo: «Jesús, a tu hijo no le des de beber». Dice: «Tiene que ser un hombre, como yo»”.

Aunque ya hemos planteado que la condena del alcohol y de la taberna formó parte del proyecto socialista desde fechas bien tempranas, no sería hasta la década de los veinte y, sobre todo, en los años treinta cuando el socialismo acabó de perfilar un ideal obrero masculino sobre nuevas bases, que vinieran a sustituir al alcohol y a los usos asociados a él, por otros elementos de dignificación masculina ligados al trabajo y a la responsabilidad familiar⁹. Antes de estos cambios, el estereotipo de masculinidad obrera mantuvo un estrecho vínculo con la taberna y el alcohol, incluso con el juego y con la posesión de un carácter pendenciero y agresivo.

6. Carlos Serrano resalta el agudo contraste de los valores y prácticas que constituyen la cultura popular y los que dan origen a la cultura obrera. En SERRANO, C., “Cultura popular/cultura obrera en España alrededor de 1900”, *Historia Social*, nº 4, 1989, pág. 24.

7. “El juego y el alcohol”, *La Lucha de Clases*, 1-7-1905.

8. Joaquina Ramos nació en Sestao en 1926 en una familia de 7 hermanos/as. Su madre fue barnizadora de La Naval y el padre botero (el bote es el barco que transporta gente de un lado al otro de la ría del Nervión), entrevista I, 26-11-2002.

9. Nerea Aresti ha planteado que el socialismo adoptó una formulación moderna de la masculinidad que tenía muchos puntos de conexión con la propuesta liberal, centrada en la valoración del trabajo, la responsabilidad familiar y la crítica al donjuanismo. En ARESTI, N. *Médicos Don*

Pero el discurso de las clases medias se propuso cuestionar la respetabilidad de las clases trabajadoras a través, especialmente, de juicios negativos sobre el comportamiento de las mujeres. La moralidad de las habitantes del entorno minero de la Arboleda fue puesto en cuestión por unos discursos de clase media que ponían a las mujeres bajo sospecha al enjuiciar como impropias para la virtud femenina su vida en condiciones de hacinamiento, escasez de medios y abundancia de trabajo. Las observaciones de Valdour fueron también en este aspecto representativas del poder simbólico ejercido por la clase media, que al poner en cuestión la honradez de las mujeres pretendía el descrédito de los hombres de la clase obrera y la demostración práctica de la degradación de su humanidad.

“En cualquier época –afirma Valdour– la moralidad es deplorable: la promiscuidad produce efectos inevitables, y los peores. (...) Padre, madre, niños se instalan en cuartos exigüos. (...) En una mina cercana a La Arboleda (...), un minero discutía con unos peones que tenía en pensión: «Por mucho que hagáis con mi mujer lo que os dé la gana, no podéis decir, como pretendéis, nuestra mujer, ya que sólo yo estoy casado con ella; (...)» ...Estamos en los montes de Vizcaya, en el corazón de una explotación industrial (...), una pequeña sociedad salvaje, de bestias con forma humana”¹⁰.

A principios de siglo, la observancia de los principios de la domesticidad resultó ser la forma principal de consolidación de las señas de identidad de la clase media y el mecanismo por el que calibrar no solamente el estatus de clase sino también la moralidad, de los componentes de la clase media en su conjunto¹¹. En una perspectiva articulada desde esos referentes de la domesticidad de clase media, como la de Valdour, las formas de vida y de relación de las mujeres de las clases trabajadoras sólo podían recibir un severo juicio. La aparente ausencia de barreras al contacto entre los sexos en las casas y barriadas mineras levantaba la sospecha de promiscuidad, lo mismo que la convivencia estrecha de las mujeres de la familia con los hombres, a veces extraños, acogidos en sus casas como peones, era interpretada como poliandria. A los ojos de Valdour, la supuesta falta de pudor de estas mujeres hablaba significativamente de la debilidad moral de los hombres de la clase trabajadora. Éstos fueron merecedores del juicio más riguroso: la asimilación al salvaje y a la bestia.

...

Juanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2001, págs. 232 y 233. Por su parte, Pilar Pérez Fuentes ha analizado, en el caso de Vizcaya, la búsqueda de una salida a los problemas de la familia obrera desde el punto de vista de los reformadores sociales y de los sectores sociales que trataban de afianzar el orden social. En PÉREZ FUENTES, P., “El discurso higienista y la moralización de la clase obrera en la primera industrialización vasca”, *Historia Contemporánea*, nº 5, 1991.

10. *El obrero español*, págs. 92-93.

11. Para un estudio del papel de la domesticidad en la construcción de la identidad de clase media vasca ver LLONA M., *Entre señorita y garçonne. Historia oral de las mujeres bilbainas de clase media, 1919-1939*, Universidad de Málaga, Málaga 2002.

Sin embargo, las mujeres y los hombres de los poblados mineros de la Arboleda se juzgaron a sí mismos desde otra escala de valores. Sus fuentes de dignificación no se fundamentaban en los criterios morales de las clases medias. Las fuentes de dignificación de las clases trabajadoras emanaban de la tradición y la costumbre y, sobre todo, de las fórmulas ensayadas con éxito de encarar la necesidad. Así, otros referentes simbólicos y otros discursos, que narraban la épica de su propia supervivencia, ofrecían a las clases trabajadoras la oportunidad de encontrar formas de reconocimiento positivas y de generar autoestima individual y colectiva. Uno de esas fuentes de dignificación para la clase obrera fue la figura de la *mujer fuerte*.

Durante el primer tercio del siglo XX, la responsabilidad femenina sobre la subsistencia de la familia fue una constante durante la época preindustrial y continuó siéndolo durante el primer período de expansión del capitalismo¹². La figura de la madre estaba estrechamente vinculada a la prole, mientras que la figura del padre resultaba más difusa y su desatención de las cargas familiares frecuentemente excusada. Aún en las condiciones óptimas, en que el padre convivía y contribuía con su presencia y trabajo al desarrollo de la unidad familiar, la responsabilidad última sobre las condiciones de supervivencia del grupo fue femenina. En la cultura de las clases trabajadoras la madre sabía que era su responsabilidad hacer todo lo posible para organizar la subsistencia del hogar y sacar la familia adelante. En ese contexto, el sentido de ser una buena madre fue, sobre todo, ser una trabajadora infatigable.

Las mujeres de los poblados mineros de La Arboleda apostaron por un tipo de familia amplia con una dinámica interna de colaboración y de trabajo de todos sus componentes, que ofrecía mayores garantías para afrontar las duras condiciones de vida impuestas por la industrialización. La familia numerosa y unida, con una capacidad de trabajo diversificada en función de la edad y del sexo de los hijos e hijas, se constituyó en el mejor baluarte de la supervivencia familiar¹³. En ese medio, se desarrolló un modelo de identidad femenina fuerte: la figura de la *mujer fuerte*, que realizaba múltiples trabajos informales y que gestionaba, tanto el potencial de trabajo de todos los componentes de la unidad familiar, como los recursos que se obtenían con el concurso de todos.

La identidad de las mujeres cuyas formas de vida se articularon en torno al modelo de la *mujer fuerte* estuvo atravesada por el autosacrificio, por la voluntad de servicio a la familia y por el trabajo. El referente de la *mujer fuer-*

12. Elen Ross señala que entre las clases trabajadoras inglesas eran las madres quienes con su pericia y autosacrificio amortiguaban el impacto de la pobreza. En ROSS, E., *Love and Toil. Motherhood in Outcast London 1870-1918*, Oxford University Press, New York-Oxford, 1993, pág. 9.

13. Mercedes Arbaiza plantea que las familias instaladas al borde de la Ría de Bilbao se caracterizaron por formar sus hogares en edades tempranas y porque la nupcialidad era prácticamente universal. Arbaiza subraya, además, que el abultado número de hijos que tuvieron las mujeres a fines del siglo XIX y comienzos del XX respondió a estrategias de supervivencia colectiva para hacer frente a la elevada mortalidad infantil en ARBAIZA, M., "A propósito de la familia moderna", en CASPISTEGUI, F.J. y LARRAZA M.M., *Modernización, desarrollo económico y transformación social en el País Vasco y Navarra*, Eunat, Pamplona, 2003, págs. 79 y 80.

te constituyó una fuente de dignificación entre las clases trabajadoras, que contribuyó a que éstas tuvieran una percepción positiva de su vida, a pesar de la pobreza de las condiciones materiales. La capacidad de organización de un hogar obrero en condiciones de subsistencia, así como la gestión de la pobreza y la sabiduría para afrontar la adversidad, fueron reconocidas como un gran valor por los componentes de la familia, y la mujer responsable de todo ello merecedora de reconocimiento. La identidad de las mujeres de las clases trabajadoras estuvo marcada por este modelo de mujer robusta, fuerte, sacrificada y servicial, madre de numerosos hijos/as y con energía inagotable para trabajar por la familia.

Pero la identidad de los hombres de la clase obrera también se construyó en torno a ese referente de la *mujer fuerte*. Esta figura constituyó un ideal femenino honesto y digno a los ojos de la clase obrera masculina, que contribuía a alimentar su propio orgullo de clase. La dignidad emanada de esta figura permitió contestar los discursos ofensivos de la clase media y construir una identidad de clase positiva en torno a tres elementos asociados a esta figura de la *mujer fuerte*. El primero fue la reproducción de la vida; para las mujeres y los hombres de la clase obrera el nacimiento de los hijos/as tuvo una significación positiva y fue motivo de orgullo¹⁴. El segundo elemento giró en torno a la fortaleza y salud físicas. En el medio minero existía una natural estima de los hombres por esos atributos, que eran vistos como condiciones imprescindibles para enfrentar la dureza del trabajo. Las mujeres participaron también de esos valores, de tal forma que ser fuerte y robusta constituyó una cualidad femenina positiva, que señalaba la capacidad para enfrentarse al asalto permanente de la miseria. El tercer elemento asociado a la *mujer fuerte* fue la valorización de la unidad¹⁵. La apuesta femenina por tejer redes de relaciones familiares y vecinales, favoreció el fortalecimiento de la solidaridad y su comprensión de la misma como el instrumento más útil para afrontar la adversidad. Estos elementos asociados a la figura de la *mujer fuerte* constituyeron fuentes de dignificación no sólo femenina, sino de la clase obrera en su conjunto.

14. Los hijos/as eran bienvenidos y, además de celebrar su llegada al mundo, en algunos casos se mostraba de forma ritual, cierta veneración por la fertilidad, quizás como un modo de afirmación natural frente a la muerte. Es el caso de Luz Eguía, que nació en 1916 en Covarón en una familia de trece hermanos/as, cuenta el siguiente relato sobre su padre:

“Cuando mi madre se ponía de parto, mi padre sabía cuándo tenía que actuar. Mi madre amarraba los ombligos y mi padre los cortaba. Mi padre nos cogió a todos. Cortaba el ombligo y plantaba un árbol con la placenta de cada uno. Plantaba un árbol (se ríe) y mi casa estaba llena de árboles, cada uno un árbol, que decíamos: «ese es el de Luz, ese el de Julia», todos teníamos nuestro árbol porque había enterrado la placenta allí (se ríe)”. Luz Eguía, 11-12-2002.

15. Elisa Antón, que nació en la zona minera, en Barrionuevo en 1915, recuerda que su madre Vicenta, después de una vida llena de fatigas, reunió a sus hijos en torno a su lecho de muerte para hablarles por última vez y dijo así:

“Hoy que estáis aquí todos reunidos, no os pido nada en la vida más que seáis unidos los hermanos. Nunca os separéis, que la familia unida es lo que más vale en la vida”. Entrevista a Elisa Antón, I, 12-11-2002.

Es posible descubrir en la subjetividad de las personas que vivieron sumergidas en ese proceso de construcción en positivo de la identidad de clase, un orgullo respecto a sus orígenes humildes, y una síntesis de vida final reconciliada con la dureza de los tiempos pasados. Los elementos de dignificación que antes hemos señalado constituyen señas de identidad en la memoria de esos habitantes de La Arboleda. El concepto de *descripción densa*¹⁶ nos va a permitir el acercamiento a los significados inscritos en la memoria de Elisa Antón y la interpretación de los mismos. Elisa perteneció a una familia amplia de padre y hermanos mineros, en la que la madre y el resto de las mujeres de la familia se esforzaron cotidianamente por elevar al grupo por encima del umbral de la subsistencia:

“Nací en la cuenca minera, –comienza a relatar Elisa– en lo más alto de Barrionuevo, un barrio de La Arboleda. Hija de mineros, Ramón y Vicenta. Padres maravillosos. Me crié con bastantes hermanos todos juntos¹⁷ y con padres tan buenos, son cosas que jamás se olvidan. Nos dieron mucha educación y mucho cariño. Ellos eran tan pobres, bueno como todos los mineros de antes, que otras cosas no podían darnos, nunca faltó el plato de cocido y el pan en la mesa, con eso y su cariño era suficiente para nosotros y para no olvidarles jamás. (...) Antes de los catorce años, éramos muchos y hacía falta todo, así que ayudaba a todo lo que podía: traer escarabilla¹⁸, ésta fue una de las cosas que más hice para poder tener calor y hacer las comidas; otra, la leña; luego, basuras para las huertas; segar hierba para el ganado; reponer forraje, lavar, planchar, coser; bueno, infinidad de cosas y todas se me daban bien. Y todo esto mucho me ha valido en la vida. Eran tiempos difícilísimos y así pasaron los años, mal calzada, porque no se podía mejor sin ofender a mis queridos padres, pasando muchas nieves y muchos vendavales, con grandes fríos, pero mi vida estaba casi siempre en la calle. Esto me hizo estar sana y fuerte y no acoquinarme por nada. Todo esto que yo pasé me ha valido mucho (...), luchando en la vida aprendí de todo (...), en total, que yo no encontré nada difícil. Mis años de juventud fui feliz en mi querido Barrionuevo, en aquellos tiempos éramos una gran familia. Disfrutábamos todos, había mucha necesidad, pero padres, hijos, hermanos, todos juntos con todos los vecinos nos divertíamos, cantábamos, bailábamos y reíamos, era aquello una maravilla”¹⁹.

La escena recoge el conjunto de elementos asociados al ámbito privado que fueron trascendentales para la dignificación de las clases trabajadoras: una familia bien gobernada, un buen número de hermanos/as, trabajo y colaboración entre todos para salir adelante, salud y fortaleza físicas, la unidad familiar y la red vecinal. La importancia de estos elementos en la construcción de la identidad de clase nos pone sobre la pista de la necesidad de

16. GEERTZ, C., *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México, 1987, págs. 33-37

17. Vicenta, la madre de Elisa, tuvo catorce alumbramientos de los cuales salieron adelante siete hijos/as. Elisa recuerda que en la mesa siempre fueron ocho hermanos, porque la madre trajo una niña de la Infancia para criar, que vivió como otra hermana con ellos, el padre, la madre y cuatro posaderos. Elisa Antón, entrevista I, 12-11-2002.

18. Son residuos de carbón que quedan en los alrededores de los hornos de calcinación del hierro y que la población recoge para uso doméstico.

19. Memorias inéditas de Elisa Antón.

poner en relación el mundo de la llamada esfera privada y la esfera pública y de considerar las barreras entre ambas como algo a redefinir. La construcción de la identidad obrera a partir de la cultura asociada a la figura de la *mujer fuerte* muestra que identidad de clase e identidad de género, constituyeron dos realidades inseparables²⁰.

LA MADRE CONSCIENTE Y LAS NUEVAS FUENTES DE RESPETABILIDAD DE LA CLASE OBRERA

La plena vigencia del ideal de la *mujer fuerte* coincidió en La Arboleda con el período de las grandes huelgas que dio paso al desarrollo del primer asociacionismo sindical y a la expansión del socialismo en Vizcaya. Este período se inició con la primera huelga general minera de mayo de 1890 y se extendió hasta 1915. Ese año, la victoria de Indalecio Prieto sobre Facundo Perezagua, traducida en la expulsión de éste y de su agrupación del Partido Socialista, tuvo, desde el punto de vista simbólico, el significado de poner fin a toda una etapa del movimiento obrero vizcaíno, caracterizada por la dureza de los conflictos laborales y el radicalismo ideológico de sus dirigentes²¹. En este contexto, se produjo un debilitamiento definitivo de la posición de los mineros en el movimiento obrero vizcaíno, que coincidió con el fortalecimiento y finalmente con la supremacía de los trabajadores del sector siderometalúrgico, cuyo sindicato nació en 1914. A partir de 1915, Prieto se apoyaría en este sector de obreros metalúrgicos, que serían los nuevos protagonistas de los conflictos laborales. Desde 1918 Prieto fue elegido, repetidamente, diputado por Bilbao al parlamento español, gracias, en gran parte, al voto republicano. La línea de acercamiento entre la tradición liberal republicana y el socialismo encontró nuevos cauces para profundizar durante los años veinte, llegando a constituir la proclamación de la II República en 1931, la victoria de un proyecto de colaboración entre la izquierda y el liberalismo progresista ya ensayado anteriormente.

En todo este largo período de moderantismo político el socialismo desarrolló nuevas formas de dignificación de la clase obrera, a menudo inspiradas en las costumbres e ideales de género de la clase media, en la pretensión de ver así incrementada su respetabilidad como partido a los ojos de las clases medias republicanas. Pero no sólo guiaba las nuevas propuestas un afán utilitarista, sino que existía, como ya vimos, en los dirigentes socialistas desde tiempo atrás, un empeño de moralización y disciplinamiento de la clase obrera. A menudo, la adhesión del proyecto socialista con estos

20. A propósito de esto, Katheleen Canning sostiene que la identidad de clase se construye culturalmente, no sólo en conflictos por salarios o por tiempo de trabajo, sino también en replanteamientos sobre el orgullo, la respetabilidad y la percepción de los cuerpos y de la dignidad familiar. En CANNING, K., "El género y la política de formación de la clase social: nuevas reflexiones sobre la historia del movimiento obrero alemán", *Arenal*, nº2, 1995, pág. 205.

21. FUSI, J.P., *Política obrera en el País Vasco (1880-1923)*, Ed. Turner, Madrid, 1975, pág. 356.

ideales inspirados en la clase media se ha confundido con la adaptación en la práctica de las clases trabajadoras al modelo de domesticidad de las clases medias. Sin embargo, nos gustaría argumentar que no se produjo esa reproducción mimética de los ideales de género dominantes, por parte de los hombres y las mujeres de la clase obrera, sino que más bien se trató de una interacción dinámica entre los ideales hegemónicos y las propias señas de identidad de género de la clase obrera.

Durante la década de los años veinte y, sobre todo, en los años treinta, las jóvenes de las clases trabajadoras, que habían convivido de cerca con la figura de la *mujer fuerte*, comenzaron a alejarse de ese modelo femenino en algunos aspectos fundamentales. En la conciencia práctica de las mujeres cuyas madres habían encarnado el valor y la función de esa figura simbólica es posible detectar una nueva "estructura del sentir"²² que nos pone sobre la pista del desarrollo de cambios trascendentales en los ideales de género. La nueva "estructura del sentir" que es posible percibir en esta nueva generación de mujeres pone de manifiesto su renuncia, en lo que se refiere al número de hijos/as, a la vida de sus madres²³. La aparición de contradicciones en torno al hecho de tener muchos hijos/as y al grado de atención que se les prestaba, nos pone sobre la pista de los cambios culturales que se estaban produciendo en la concepción de la familia obrera, en las relaciones conyugales y en el modelo de maternidad.

Efectivamente, durante los años veinte y treinta se produjeron cambios significativos en la concepción de la maternidad. Así, la preocupación de los reformadores sociales, que a principios de siglo se había situado en la reducción de las altas tasas de mortalidad infantil, pasó a ser las condiciones en que se ejercía la maternidad. La mejor madre dejó de ser aquella que concebía el mayor número de criaturas y su lugar lo ocupó la *madre consciente*, es decir, la que ponía en relación el número de hijos/as con las posibilidades familiares de criarlos con garantías²⁴. Esta nueva concepción de la maternidad, que hacía prevalecer criterios de calidad en el ejercicio del cuidado materno sobre la cantidad de hijos/as, constituyó el auténtico leitmotiv para que una nueva generación de mujeres jóvenes de las clases trabajadoras, se propusiera la limitación de su capacidad reproductiva.

El cambio de mentalidad que supuso desear formar familias más pequeñas se relacionó con el abandono de la idea de supervivencia colectiva que había prevalecido anteriormente. Si antes los hijos/as habían constituido una pieza fundamental para la subsistencia, ahora se trató de que los hijos/

22. WILLIAMS, R. *Marxismo*, pág. 154.

23. La nueva generación de mujeres la constituyeron jóvenes que procedían de ese modelo de familia amplia en el que todos colaboraron a la supervivencia y donde aprendieron a trabajar desde niñas.

24. El término *madre consciente*, rescatado por Nerea Aresti de los teóricos de la época, nos parece el más apropiado para definir la nueva *estructura del sentir* de las mujeres respecto a la maternidad, en ARESTI, N. *Médicos, Don Juanes*, pág. 178.

as quedaran eximidos, en lo posible, del trabajo y de las cargas familiares. Evitar el sufrimiento a los hijos y garantizar su bienestar constituyó un objetivo anhelado por una nueva generación de madres. El ejercicio consciente de la maternidad y el control de la reproducción fueron requisitos indispensables para alcanzar tales cambios. La memoria de Purificación López nos permite un acercamiento a esa nueva estructura del sentir de la que estamos hablando:

“Una vez –comienza a relatar Puri– se casó una amiga mía. Bajaba yo de recados y me encontré con ellos, con el marido y con ella, que habían venido ya de viaje de novios. Y estaba el cura Don José y otro, Txomin. Y le dice Txomin: «¿Cuántos hijos vas a tener?». Dice: «Los que Dios quiera». Y le dice (se ríe) Don José, el cura, dice: «Los que Dios quiera, no. Los que te haga éste». Yo me acuerdo de aquello... siempre me acuerdo de aquello: «No los hijos que quiera Dios». Pues es verdad. Y lo reconozco, si no haces uso del matrimonio, no tienes hijos. Tú puedes tener los que quieras. Tú, los que quieras hacer, porque si no los haces no vienen ¿no?. Mis hermanas, que tenían que estar trabajando de la mañana a la noche en la huerta y en todo, ¿cómo tenían ganas de hacer hijos?. Mi hermana Feli tuvo nueve. No se llevaban más que el año. Yo, así, hablando con mis hermanas, les decía: «Yo he disfrutado poco del sexo... mucho miedo a tener más hijos». Porque yo ya veía que mi madre con todos los hijos que había tenido... y mis hermanas... cómo tenían que andar para vestirles, calzarles, que si a la escuela, que si a todo. Dios mío, yo decía: «Pero bueno, ¿por qué?». Y luego, pues claro, decían que retirándose y que tal. Pues mira nosotros así hemos estado”²⁵.

Del relato de Purificación resulta significativo el cambio de perspectiva que supuso el descubrimiento de la posibilidad de liberar la reproducción de la voluntad divina y de someterla a las decisiones humanas. La conciencia de esta posibilidad puso en relación la procreación con la responsabilidad en el ejercicio de las relaciones sexuales. La importancia de cumplir con los ideales de una maternidad consciente parece haber prevalecido sobre el interés de practicar unas relaciones sexuales plenamente satisfactorias²⁶. La nueva concepción de la maternidad fue capaz de provocar en la propia relación conyugal un nuevo consenso en el que destacó la iniciativa de la mujer por controlar la sexualidad pero también la aquiescencia masculina con el proyecto cuyo objetivo era la reducción del tamaño familiar.

Ciertamente, un nuevo modelo de respetabilidad se estaba abriendo paso entre las clases trabajadoras y se relacionaba cada vez más con la adopción de unos ideales familiares y de género inspirados en la domesticidad de clase media, que el socialismo había hecho suyos. En 1932 se podía leer en *La Lucha de Clases*:

25. Purificación López nació en 1909 en Galdames en una familia de doce hermanos/as, entrevista I, 24-7-2002.

26. Existía una conciencia generalizada de que no existía más mecanismo de control de la reproducción que la “retirada” o el condón. A este respecto Elisa Antón reconocía:

“Yo en la vida de matrimonio procurábamos siempre ir para atrás... porque no había nada y mi marido con las gomas, pues él no. Así que todo lo que eso, pues ir para atrás”.
Entrevista a Elisa Antón II, 4-2-2003.

“Hay algo que es inmanente en la humanidad: la voz de la especie. No nos referimos con esto a la procreación por el solo fin de procrear, sino a las condiciones en que ésta debe tener lugar para llenar las obligaciones que todo ser humano debiera sentir vivas dentro de sí para con sus semejantes”²⁷.

Respecto al establecimiento de esas condiciones ideales para la procreación, la reivindicación socialista más destacada giró en torno a la creación de un hogar obrero dotado de una vivienda digna en la que ni la mujer ni los hijos tuvieran que trabajar fuera de casa. Así, el padre debía destinar su tiempo y su energía a la familia, no sólo trabajando para ella y siendo su principal sostenedor, sino también preocupándose por la creación de una auténtica atmósfera familiar a partir de su dedicación a la mujer y a los hijos. El núcleo de la masculinidad de estos nuevos padres conscientes lo constituiría el trabajo. La materialización de este proyecto exigiría, en definitiva, la conquista del salario familiar.

Sin embargo, la realización de ese ideal de familia obrera entraba en contradicción, no solo con los hábitos extendidos de irresponsabilidad paterna y con la tradicional responsabilidad femenina sobre la supervivencia del grupo familiar, sino también, con la evolución de las perspectivas económicas que estaban lejos de convertir el salario familiar en una realidad. El nuevo modelo de *madre consciente* incorporó a la identidad femenina de la clase obrera la nueva responsabilidad de garantizar el bienestar y la calidad de vida de los hijos/as, y lo hizo desde el mantenimiento de fuertes lazos de identificación con el modelo anterior de la *mujer fuerte*. El principal de ellos lo constituyó la continuidad del trabajo como elemento vertebrador, también, de la experiencia de las nuevas madres. De esta manera, se continuó dando la espalda a la domesticidad de clase media y la mujer de clase obrera continuó afirmándose, tanto en su capacidad para la realización de cualquier trabajo, incluidos los duros, como en su fortaleza y salud físicas. Esta vez, la memoria de Purificación López nos permite analizar esa experiencia:

“Yo –comienza a relatar Puri– trabajar y trabajar con mi suegra y mi suegro. Yo trabajar como un hombre, de la mañana a la noche... Mi cuñado decía que estaba hablando con un señor allí, que solía veranear, y le dice: «¡Hay que joderse! ¡La fuerza que tiene Puri!». Estaba yo cargando un cesto de alfalfa y... atándomelo al hombro y decía: «Joder!, ¡Pero es que no la ves cansada nunca!. Se levanta a las cinco de la mañana y son las once de la noche y ahí la tienes, ordeñando!». Yo tenía salud”²⁸.

Como en el modelo de la *mujer fuerte*, el trabajo, la fortaleza y la salud físicas parecían continuar siendo un motivo de orgullo y dignificación también para la mujer obrera durante los años veinte y treinta. La feminidad de las nuevas madres conscientes no se veía puesto en cuestión por la realización de esos trabajos duros ni por la posesión de una fortaleza comparable a la del hombre. El núcleo de la identidad femenina obrera ahora estaba centrada

27. “Sobre la familia”, *La Lucha de Clases*, 16-9-1932.

28. Purificación López, entrevista I, 24-7-2002.

en los nuevos usos y mejores cuidados a los hijos/as, y la consecución de este fin justificó el trabajo, que constituyó un medio necesario y dignificador de conseguir el bienestar familiar deseado.

El modelo de *madre conciente* supuso para las mujeres de las clases trabajadoras una vida destinada a la conciliación permanente de los dos mundos, el del trabajo y el doméstico. A veces esta conciliación se conseguía llevando el trabajo al hogar y realizando labores a destajo e informales en él y, otras veces, cuando la mujer se empleaba fuera del hogar, se hacía imprescindible la colaboración y el apoyo de otras mujeres. Por ello, las redes de ayuda al cuidado de los hijos/as, normalmente formadas por otras mujeres de la familia o por las vecinas, no decayeron, sino que continuaron siendo indispensables en la perspectiva, esta vez, de mantener la calidad de los cuidados hacia los hijos/as y no sentirlos abandonados, a pesar del trabajo.

“Me acuerdo de haberle oído a mi madre –empieza a relatar Concha Otazua– que cuando mi hermano era pequeño, a mí me dejaba donde una vecina de al lado cuando era pequeña, pero a mi hermano le dejaba con una de enfrente. Y aquélla le solía poner en un balconcico y cuando mi madre iba a trabajar el chiquillo le veía desde el balconcico y entonces se ponía a llorar porque le veía marchar a mi madre. Y le tuvo que decir que cuidadito que le saque al balcón porque ella que ya no va a trabajar tranquila dejándole al hijo llorando, porque ya iba mi madre con aquella preocupación a trabajar”²⁹.

El modelo de la *madre consciente*, trajo consigo nuevas formas de respetabilidad para la clase obrera centradas, esta vez, en el buen cuidado de los hijos. La salud, el pelo, la limpieza, el vestido de los hijos/as se convirtieron en los signos que podían ratificar o desmoronar el éxito de una madre y la altura moral de una familia obrera. Elisa Antón declara:

“Había un señor en Barrionuevo que me decía: «Aquí, sabemos cuando es domingo por tus hijos». Porque yo siempre les vestía de domingo, los domingos. Pero allí nadie más. Pero yo tenía ese capricho”³⁰.

De la misma manera que en el período anterior los elementos asociados a la figura de la *mujer fuerte* fueron fuente de dignificación general, en la nueva coyuntura, los signos que apuntaban al buen cuidado de los hijos/as se convirtieron en una de las principales fuentes de respetabilidad para la clase trabajadora.

En este análisis hemos querido destacar que la construcción de la identidad de clase y de la identidad de género, son dos realidades inseparables. En este sentido, no sólo hemos querido replantear la unilateralidad que ha

29. Concha Otazua nació en Bilbao en 1916 en el barrio popular de Atxuri. Su madre fue cigarrera y su padre tornero en la fábrica Euskalduna. Ambos tuvieron tres hijos e intentaron conformar una familia en la que con el trabajo de ambos pudieran sostener a la familia. Entrevista I, 28-3-2002.

30. Elisa Antón, entrevista I, 12-11-2002.

invadido los análisis sobre la clase obrera y que los ha hecho impermeables a la experiencia de las mujeres, sino también afirmar que la identidad obrera se constituye en términos de género. Hemos querido mostrar el proceso de construcción de las modernas fronteras de clase levantadas entre la clase media y la clase trabajadora, proceso en el que la categoría humana de los hombres y de las mujeres que formaban parte de la clase obrera estuvo puesta en cuestión. En ese contexto, hemos argumentado que los mecanismos de defensa y de resistencia más relevantes de la clase obrera, capaces de contrarrestar los discursos estigmatizadores de las clases dominantes, se desarrollaron partiendo de la esfera privada. Planteamos que la figura, primero, de lo que hemos llamado la *mujer fuerte* y a partir de los años veinte y treinta, de la *madre consciente*, constituyeron, desde el punto de vista simbólico, fuentes insustituibles de dignificación para la clase obrera en su conjunto. La *mujer fuerte* mantuvo, como seña principal de identidad, la creación de un grupo familiar numeroso y su responsabilidad sobre la supervivencia del mismo, y asumió el trabajo propio y la gestión de los recursos de todos/as como tareas inexcusables. En el caso de la *madre consciente*, no estamos asistiendo a la aparición de la figura del ama de casa. Nos encontramos frente a un modelo femenino que tomó conciencia de la posibilidad de reducir el tamaño familiar y apostó por tener menos hijos/as para así poder aumentar su calidad de vida, pero sin cuestionar la realización, por parte de la madre, de todo tipo de trabajos que hicieran posible liberar a los hijos/as de la realización de los mismos. En este sentido, la *madre consciente* no adoptó el sentido de la domesticidad del ama de casa, para quien la fuente principal de obtención de bienestar familiar residiría en la inversión estricta de su trabajo en el ámbito doméstico.